10

DISCURSO.

Dr. Rosalino Rovira y Oliver

IMPORTANCIA

DE

EDUCAR BIEN Á LOS NIÑOS.

DISCURSO

LEIDO EN EL ACTO DE LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS

DEL COLEGIO VILAR (Curso de 1883-84)

POR EL

Dr. D. Rafael Rodriguez Méndez.

CATEDRÁTICO DE HIGIENE

de la Facultad de Medicina de Barcelona.

BARCELONA.

IMPRENTA BARCELONESA

calle de las Tapias, número 4.

1884.

Señores:

En perjuicio vuestro y en detrimento mio, hállome en este sitio. En perjuicio vuestro, porque echareis de menos el brillante discurso de los años anteriores; en detrimento mio, porque, aun empleando todas mis fuerzas, ha de ponerse de manifiesto mi flaqueza intelectual. Poderosos estímulos han de haberme traido á semejante trance, que siempre es doloroso, cuando se tiene conciencia de ello, molestár á los que oyen y hacer involuntario alarde de una valía que no existe. La amistad por una parte, que afectuosamente me une al digno Director de este Colegio; la frecuencia de visitas por razón de mi cargo; la persistencia del ruego, y sobre todo esto, el interés con que instintivamente miro la educación de la infancia, pusiéronme en el compromiso de llevar la voz en este solemne acto.

Valorando el pro y el contra de mi situación, me arredro; pensando en mi palabra empeñada, me animo, y puesto que ofrecido fué, lo cumplo. Siempre será más airoso realizar lo que se promete, que renegar de lo convenido. Y ahorro palabras, entrando bruscamente en materia, si tal puede llamarse lo poco que me propongo decir acerca de la *importancia de educar bien á los niños.*

En el sentido vulgar, y aun en el concepto de algún científico extraviado, la educación casi no representa otra cosa que esa larga serie de prácticas sociales, más reguladas por la moda que por la conveniencia, y más enca-

minadas á las formas que al fondo de nuestras relaciones. En mi sentir la educación es mucho más que esto y sobre todo algo más grave y trascendental.

Ateniéndome á su etimología *(ex ducere)*, consiste esencialmente en sacar al exterior, en desarrollar, en desplegar aptitudes. Todo cuanto en el hombre es susceptible de reforma y de progreso, todo cuanto es capaz de mejoramiento ó de mayor aptitud para esto ó para aquello, es educable. Y como cuanto, física ó psíquicamente, constituye al hombre es perfectible en principio y encaminable en la práctica hacia un determinado objetivo, todo lo humano es educable porque es perfectible, y, vice-versa, es perfectible porque es educable. Con lo cual dicho queda que el progreso se apoya en la educación y lo hace posible y realizable.

Verdades son estas de tan fácil entendimiento, que estuvieron y están al alcance de todos los pueblos y aun de todos los individuos, razón por la cual en todos ellos y en todos tiempos hay señales evidentes de la aparición de esta idea. No importa para el caso, que las interpretaciones y las maneras de realizarla diverjan entre sí, pues, en suma de cuentas, cada cual, aceptando el hecho primario, hubo de creer que por este y no por otro camino se llegaba á la buena educación. Compadezcamos á los que se apartaron del verdadero surco, y congratulémosnos de los que siguieron la buena senda.

A decir verdad, y confesando en primer término que aun hay mucho que corregir, debe decirse que hoy se educa mejor que en otros tiempos, sin duda porque, en largo camino de aventuras, ha ido aprendiendo el hombre cuál es el trigo y cual es la cizaña en este inmenso campo del cultivo humano.

Sea cualquiera el concepto que del hombre se forme, se ve en él una suma, un conjunto de facultades, más prepotentes las unas que las otras, pero sin que huelgue alguna. Todas ellas, porque son perfectamente sumables, dan la cantidad homogénea, que se llama hombre. Si en esta especie de congreso de facultades, cada una se desarrolla á expensas de las otras, resulta un verdadero desacuerdo, un estado inarmónico, tanto más lejano del justo medio cuanto más irregular es el desenvolvimiento. Si, por el contrario, la evolución y amplitud de una se junta con la evolución y amplitud de todas las restantes, la armonía existe, el hombre es más perfecto, es más digno de llevar este nombre y realiza el bello ideal de la educación bien entendida.

Noción tan sencilla, ha perdido toda su aspereza científica, y tanto se ha vulgarizado que no hay vulgar que no la tenga, traduciéndola en lenguaje sentencioso, por estas frases. En un hombre se desarrolla la fuerza física á expensas de las psíquicas, y de él se dice: *no es un hombre, es un bruto*; se

embotan en otro los sentimientos afectuosos y predominan los perversos, y se le llama *fiera;* se idealiza hasta la exageración, menguan las carnes, tiene su mirada fija en los espacios etéreos, la tierra le horripila, se anonada la reflexión, se hace potente la loca de la casa, y se le denomina un *espíritu;* vive la inteligencia como señora, el cuerpo es tan endeble que casi no puede llevar el cerebro, olvida sus semejantes para clavar sus ójos en las altas concepciones científicas, es un *soñador.* Basta de ejemplos. Y es que en estos casos de desequilibrio, ocúrresele á cualquiera el pensar que este sér no llega á la idea que hay formada de un hombre, y con los epítetos dichos no quiere decir más sino que es imperfecto, irregular, desarmónico, incompleto.

En la práctica, y en mi opinión sin fundamento alguno, la mayor razón de estas improcedentes desigualdades ha surgido de una infecunda é innecesaria lucha entre dos escuelas rivales: la materialista y la espiritualista, que sólo se sostienen de exageraciones, de las exageraciones que siempre llevan los extremos. Se ha pretendido llevar muy lejos el análisis humano, y de tanto partir y subdividir se ha caido, en lo que á educación atañe, en un gravísimo error; los unos, olvidando lo psíquico, reputan que el hombre es un cuerpo; los otros, desdeñando el cuerpo, no ven en él más que la inteligencia. Unos y otros pretenden ignorar que el hombre es más que un cuerpo y más que un espíritu, que el hombre es un hombre, es decir, una suma de varios atributos.

Aquellos engendraron teorías que dieron por resultado la deificación de la fuerza bruta, representada por *Hércules.* A su sombra han nacido en el orden físico el sentimiento de la patria, que á las veces lleva á la más horrible muestra del poderío, á la matanza y á la guerra; en el orden religioso al paganismo de los griegos y romanos y á las huríes de Mahoma; en el orden moral á los placeres sensuales; en el orden político al feudalismo y á los horrores de la Edad media; en el orden social á la esclavitud; en el orden individual al acróbata y á hacer del jornalero el hombre menos instruido.

Estos, invirtiendo los términos, llegaron hasta hacer una diosa de la *Razón.* También han determinado profundas alteraciones representadas en el orden físico por esa endeblez de los pueblos exageradamente ideales; en el orden religioso por las epidemias de endemoniados, que no eran más que enfermos del cuerpo, y por los crueles sacrificios hechos en pro de varios dioses de la India; en el orden moral por el ascetismo más exagerado, que á veces repercutía en horribles matanzas; en el orden político por programas y planes imposibles; en el orden social por las revoluciones filosóficas; en el orden individual por el nervosismo patológico y por hacer del sabio un enfermo.

Este litigio, que puede mantenerse en otros terrenos, debe resolverse y disiparse al tratar de la educación. Ni ha de serse materialistas ni ideólogos ó utopistas, que debe serse ambas cosas á la par. Ambas escuelas han de convenir en una fórmula y ésta no puede ser otra que el *trabajo:* trabajo para el cuerpo, trabajo para el espíritu. El trabajo es un derecho y un deber. La ociosidad es la madre de todos los vicios. El trabajo, hecho por una de las partes que se aceptan en el dualismo humano, si es exclusivo, es la ociosidad de la otra y el no cumplimiento del deber. Y este trabajo ni debe ser el que agota las fuerzas, ni el que mata al trabajador, ni el que desnivele sus facultades; debe ser el trabajo útil, el trabajo sano, el que está en armonía con las potencias humanas, el que permite una buena educación, que ensancha á la par todos los horizontes y no anula territorios importantes. Trabajo, pues, como fórmula de convenio; educación de todas las aptitudes para trabajar bien y sin esfuerzos.

Aunque en mi sentir la reconciliación es conveniente, no llevo tan lejos mi optimismo que entienda estamos ya en paz de estas querellas. Y en prueba de ello voy á citar dos hechos prácticos, que son en definitiva vestigios de aquellas tendencias filosóficas.

Un niño, hijo de padres entregados exclusivamente al trabajo físico, desde sus primeros instantes se ve obligado á luchar con las inclemencias mesológicas y con las inclemencias sociales. Aquellas, si vence en las primeras luchas, le curten, le fortifican y por ende puede andar descalzo, rodar por el suelo, sufrir la lluvia y los vientos, arrostrar el frio, trabajar antes de tiempo, tonizar sus músculos é ir subiendo por la escala de la fortaleza hasta ser un buen obrero. Estas le aislan de los elementos de educación intelectual, le rechazan de los más ardientes focos en que se fraguan los sentimientos y los afectos; si tiene hambre, y pide limosna, no faltará quien le diga *trabaja*; si no la tiene, todos sus juegos serán pura gimnasia corpórea. No se cultiva su inteligencia, no se desarrollan las afecciones, que habrían de guiarle más tarde por el lado de los respetos sociales; ni se le enseña á amar, ni á pensar; ni lee, ni escribe; no sabe más que tener fuerza, y esta es su reina, que por ella come y vive; tanto más será cuanto más trabaje. Hé aquí un Hércules en miniatura, un Hércules no divinizado.

Un niño, cuyos padres se dedican á trabajos intelectuales. Probablemente ya lleva impresas las huellas de la debilidad congénita. Rodeado de sobra de afanes y de interminables mimos, á ser posible, le colocarían en un fanal. Todo contratiempo físico se le procura evitar, y crece lánguido entre tibiezas de la atmósfera y halagos de los padres. No se pierde una ocasión propicia para que empiece á pronunciar las primeras palabras. A poco le han hecho aprender cosas que no entiende, y de sus conocimientos y gracias se hace pueril alarde. Después, y pronto para no perder tiempo, á la

escuela, en donde como si fuese un viejo le obligan á estar quieto y como si supiera pensar le enseñan lo que no entiende entonces ni tal vez nunca. Y así creciendo y viviendo llegará, si llega, á ser un sabio, pero un sabio enclenque, especie de máquina de gran potencia colocada en el piso más alto de una casa que amenaza ruina.

No me atrevería á decir que los dos ejemplos presentados constituyen todos los casos, pero desgraciadamente abundan mucho, sea por exigencias sociales, sea por ignorancia, sea por mera rutina.

La proclamación del hecho que lamento, de la educación incompleta, no lleva implícita la idea de que el mal es incorregible. Antes bien, por lo mismo que veo el defecto, procuraré indicar los medios de corregirlo.

Ante todo diré que cabe en lo posible, en lo meramente humano, borrar esas incompatibilidades. Yo veo, por ejemplo, que el labrador y el artesano de Alemania saben leer y escribir y aun poseen cierto grado de superior instrucción, como ha testificado no há mucho la última guerra franco-prusiana, y no por ser instruidos dejan de ser fuertes, ni por ser fuertes dejan de ser instruidos; yo veo al labriego y al artífice de Suiza y de Bélgica con tales nociones de las industrias y artes que cultivan que causan envidia, sin que su educación puramente manual dificulte el desarrollo de su inteligencia; yo veo que las clases más cultas de Inglaterra no se desdeñan de tomar oficios y que consumen mucho tiempo en la caza, en la pesca y en esas excursiones tan llenas de accesos pasionales como de trabajo físico; y yo veo, cual vemos todos, muchos individuos que saben aprovechar todas sus aptitudes, que saben ponerlas en juego, y que son el ejemplo más elocuente del *mens sana in corpore sano*.

Cabe, pues, la corrección del daño. Porque lo corrigieron, resultan algunos pueblos septentrionales de Europa más inteligentes y más robustos que otras naciones. Y porque ven el resultado, sostienen y estimulan un sistema de educación, que hace de los niños, cuando se les compara con otros pueblos, verdaderos hombres física y psíquicamente, no siendo imposible que á los 15 años tengan más desarrollo en todo concepto que uno de nuestros titulares á los 25.

Las naciones que no han entrado todavía en la verdadera reforma, aquellas que no mantienen el equilibrio entre las diversas energías humanas, aquellas que viven la vida de otros siglos, son naciones turbulentas, inquietas, pretenciosas, llenas de resabios y de errores, flojas de cuerpo ó menguadas de conocimientos, repletas de pasiones, más dadas al mal que al bien, é incapaces de ser modelos de la perfectibilidad humana. Los individuos que las constituyen, dejando á un lado honrosas excepciones, tienen más sentimientos egoistas que altruistas, son más imperfectos que los de otras zonas, van á la zaga de lo que hacen los demás, se prestan á los

fanatismos y á las dominaciones, no tienen conciencia de sus deberes y de sus derechos, se malean con frecuencia, se prestan al agio y á la dilapidación, no tienen medios de refrenar sus apetitos, y por la industria, por las ciencias, por la moda, ó por todo á la vez, son verdaderos párias de los más cultos y de los más educados.

Llegando á más detalles, se ve en casi todas partes que solo se nos educa una mano, haciéndonos mancos no del órgano sino de la función; que pocos se cuidan de regular los sentidos, especialmente de la vista y del oído, dos grandes puertas por donde entran casi todos nuestros conocimientos del mundo exterior, alimento de nuestra inteligencia; que la mayoría de los que escribimos no sabemos hacerlo, á pesar de lo sencillo de la operación; que se desconocen las peticiones orgánicas y de ello resultan graves atentados para la moral, la salud y la familia; que cuesta trabajo pensar y entender, ó porque se impuso esta tarea muy prematuramente ó demasiado tarde; que los sentimientos ó se embotan, ó se pervierten con suma frecuencia, etc. Hé aquí algunas de las consecuencias del no educar bien, y dicho está ya que esto es remediable. Seguramente no llegaremos en la práctica á la perfección que prevee la teoría; pero aun así, es indudable que puede, que debe hacerse todo lo posible para alcanzar el *desideratum*, como se acercan ciertos pueblos y ciertos individuos con sus más perfeccionados sistemas.

La consecución de este deseo debe estudiarse en el *tiempo* y en el *modo*.

En el *tiempo*, y yendo de más á menos, se encuentran las siguientes escalas. La *vejez*, edad caduca, no es susceptible ni de la más leve reforma: todas las capacidades van hacia su ocaso; el órgano y la función se hacen rebeldes á todo progreso; la educación, si se intentara, sería un delirio; la misma inteligencia sufre los embates del tiempo, y apenas es una débil luz que escasamente ilumina las ruinas del cuerpo, como si fuese el preludio de la luz que adorna á ciertos sepulcros.

La *edad adulta*, la edad de la consistencia, es inepta para estos cambios; se llegó hasta donde se pudo; ni nuevas ciencias ni nuevas artes; ni más actividad ni más acomodaciones; sirve para conservar y aun aumentar lo que se posee, pero es impotente para otras empresas. La flexibilidad orgánica se presta poco ó nada, si de cambios se trata.

La *juventud*, capaz de ser mejorada, aun útil para el progreso de que me ocupo, aun blanda para sufrir modificaciones. Mas de ella, y hablando de nuestra patria, puede conseguirse poco, que ya viene su cuerpo viciado, mal dirigida y mal tratada su inteligencia, sin cultivo sus instintos y sin freno su voluntad. Dado su espíritu independiente, sería difícil sujetarla á menudencias prácticas. Sin que sea imposible, pasó también para ella el momento más oportuno.

La infancia.—Hé aquí la blanda pasta, capaz de todas las transformaciones. Como el barro en manos del escultor, se presta á todos los cambiantes, á todas las exigencias. Tierno como cera calentada; juguetón como la alegría; inexperto como lo inconsciente; inquieto como las brisas; dócil como el débil; ansioso de saber y de averiguarlo todo como un verdadero filósofo; analítico hasta el extremo de reducir á trozos cuanto se pone al alcance de sus manos y de sus fuerzas; susceptible como la sensitiva; con mucho afecto y poco odio; sin reflexión y con memoria; con gran comprensibilidad ó facultad de aprender lo que le enseñan sus padres y maestros; con gran tendencia á la imitación; con buena imaginación y unas ilusiones fáciles y gratas, el niño es el tipo acabado de la posible reforma.

Y tan lo han creido así, como hecho indiscutible, todos los padres y todos los pedagogos, que en el niño, más que en nadie, fijan toda su atención cuantos desean tener más tarde un hombre bien educado. Tierno retoño del árbol de la vida, crecerá como se quiera é irá hacia donde se dirija. Por esto todas las cuestiones relativas á educación siempre tienen como punto de partida y como fin el niño.

Resulta de aquí la grandísima importancia de educar bien á los infantes, á los párvulos, porque las impresiones hechas en su organismo, la amplitud dada á sus sentidos, la robustez determinada en su cuerpo, la semilla caida en su corazón, las ideas depositadas en su inteligencia, los sentimientos despertados, serán continuamente sus inseparables compañeros y ellos irán marcando en todas las etapas de la vida el consejo del padre, el cariño de la madre y la inteligencia del maestro, con más seguridad y más duracion que graba el cincel en dura piedra las ideas del artista.

Dicho el tiempo oportuno, veamos el *modo*. En teoría es muy sencillo: desarrollar todas las aptitudes; encaminar todas las facultades; hacer que se levante lo deprimido; que se rebaje lo preeminente, si no es útil; educar el oído con la música, el aparato de la vision con su gimnasia propia; desarrollar los músculos y los huesos, las cavidades y su contenido con el ejercicio conveniente; fijar la atención; aumentar la memoria; enseñar á sentir y á percibir, á juzgar, inducir y deducir; encaminar la voluntad; despertar los sentimientos buenos, útiles y honrosos, y dejar en eterno sueño los perversos; sentar las bases de la moralidad más estricta; dar las nociones de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno; aprovechar la volubilidad del niño para hacerle discurrir sobre los objetos más variados; no llegar al cansancio; no permitir la prolongación de un mismo tema, por grato que sea; hacerles entender que el Colegio es un premio y el saber una viva satisfacción; dejarles que jueguen, pero que cada entretenimiento represente una enseñanza; halagar con la recompensa, y dar esta en plena justicia y con más avaricia que largueza, etc. En todos estos actos ha de ha-

ber mucho de objetivo y poco, lo menos posible, de subjetivo: viendo una pelota, viendo una rueda, aprende más pronto lo que es una esfera y un círculo, que con todas las explicaciones imaginables; y deben multiplicarse los hechos que conozcan, relacionarlos y sobre ellos hacer que recaigan todas las operaciones intelectuales; y ahorrar todos los conceptos que no pueden entender, como la idea de verbo, por ejemplo, pues lo que no se entiende cansa y repugna, y acaba por hacer horrible el estudio, insoportable el maestro y pavorosa la escuela. Buscando el justo medio, han de repartirse, con varias interrupciones de unos en otros, los ejercicios físicos y los intelectuales. En suma, ha de guiarse al niño en términos que vea en el Colegio la instrucción y el deleite, y en el maestro el amigo cariñoso que lo entretiene y enseña.

Poner en práctica lo que la teoría demanda es más difícil de lo que á primera vista parece. Por lo mismo que el asunto es de empeño, de gran trascendencia individual y social, y en su buen logro estamos todos interesados, hay que juntar todas las fuerzas útiles y cuantos elementos coadyuven al fin propuesto.

De diversa índole son estas fuerzas y estos elementos, y aunque no intento hacer mucho hincapié en ello, juzgo de tal importancia el resultado, que voy á permitirme exponer en breve reseña lo más culminante del asunto. Con esto probaré, siquiera sea indirectamente, que es una empresa de alta monta el educar á la infancia, aunque no hubiese más razón que el intervenir tantos y tan poderosos auxiliares.

Siguiendo un orden cualquiera, recuerdo y cito las siguientes fuerzas: las autoridades, los padres, el maestro.

Si el arte de gobernar ha de ser algún día verdaderamente valioso, su primera y más primordial atención ha de ser el encaminar á los pueblos por la senda de su perfectibilidad. Gobierno que no tenga tales propósitos, ni merece este nombre ni es digno de marcar el camino que ha de seguirse; más que director debe ser dirigido; más que regulador debe ser regulado; no es un Mentor, es un Telémaco. Y para cumplir con este deber, el primero de los primeros, ha de proteger todo cuanto tienda al progreso en su verdadero sentido. Honrando á los maestros, en vez de despreciarlos; premiando sus adelantos, en vez de perseguirlos por el hambre; dándoles toda la representación social que les pertenece, en vez de postergarlos; alentándoles en su benemérito cometido; rodeándoles de todo prestigio y de toda consideración, el Gobierno ha hecho algo de lo que debe, no todo lo que le incumbe. Hasta que haga del Profesorado una de las primeras clases sociales y una de las más dignas de respeto no cumple con sus deberes. Por no llenar vuestra cabeza de ideas tristes, no intento delinear el cuadro de la precaria situación que en nuestro país ofrece todo el personal

docente. Una sola frase lo sintetiza: el maestro, una de las figuras más nobles del cuerpo social, está relegado á los últimos lugares. ¡Qué desventurado país! ¡Qué gobiernos tan imprevisores!

Los padres de familia tienen estrechos deberes que cumplir. Dentro de su esfera han de ser los gobernantes de un pequeño reino, el de sus hijos. Como tales, les son aplicables en principio cuanto de las autoridades dije. Muy en particular les es obligatorio imbuir en la mente de los pequeñuelos la idea de que es el maestro un segundo padre; hacerles entender, con el ejemplo, que deben respetarlos; ponderar los beneficios que de sus relaciones con el que enseña han de obtener; dejar ilesa la autoridad profesional, á lo menos en apariencia; enseñarles que si la casa es el campo en que se cultivan los más afectuosos sentimientos, en la escuela se goza de los placeres intelectuales; y sobre todo insistir un día y otro en la idea de que serán tanto más útiles y virtuosos cuanto más provecho reporten de su padre y de su maestro, de su casa y del Colegio. No deben olvidar los padres que el hijo bien guiado es un buen alumno y que el buen alumno es buen hijo. Por lo mismo, en vez de establecer divergencias entre uno y otro factor, han de sumarlos en cuanto sea posible, que, puestos de acuerdo, el maestro coadyuva al fin que se propone el padre, éste al de aquél, y marchando al unísono el fruto es más fácil y de mejor condición.

He sido, al parecer, exigente con el Gobierno y con los padres; he pretendido que estos presten al Profesor todo el apoyo y autoridad que necesita, y no he escaseado la lista de sus obligaciones. ¿Qué he de decir del maestro? Como conceptuo muy importante su papel, como reputo lo mucho bueno y lo mucho malo que puede hacer con los niños y en estos con los pueblos, si no les escatimé derechos ni prerogativas, no quiero ahorrarles ni uno solo de sus deberes. ¡Y cuántos y cuán difíciles son! Si dijera que debe reunir todas las perfecciones, diría mucho, pero no diría demasiado. Permitidme que de corrida apunte algunos de los caracteres del maestro, y no todos porque no sabría exponerlos.

El maestro ha de sentir verdadera vocación por la enseñanza, y no tomarla como un negocio mercantil; debe ser un sacerdote y no un comerciante. Ha de tener profundos conocimientos de las materias en que instruya y de los caracteres y condiciones de los niños como séres sociales y ha de hacer un detenido estudio de cada uno de los que se le encomienden; así no educará al por mayor y sin fijeza, sino al detalle y con detenimiento; así sacará de cada educando el fruto apetecido, y tendrá menos descalabros. Ha de ser de costumbres morigeradas, de vida modesta, porque hasta los más pequeños detalles suelen ser elocuentes lecciones, y en sus actos el niño ve lo que no siempre es oportuno. Debe ser religioso, pero sin exageración, que tan repugnantes son los ateos, como los farsantes, los hi-

pócritas, los fanáticos y los supersticiosos. En política, y piense lo que más le guste, debe tener siempre como norma el deber y el derecho, el derecho y el deber, no como se interpreta por los partidos militantes, sino como quiere la verdadera ciencia del gobierno, como pide la sociología. En el orden moral debe ser un dechado, y, como la mujer de César, ha de estar al abrigo de toda sospecha. Su carácter debe ser, sin perder la unidad y entereza necesarias, flexible y adaptable á las condiciones del alummo, no para rebajarse, sino para subirlo, cuando llega á su nivel. Activo siempre y siempre atento, ni debe arrebatarse ni rendirse. Como la gota horada la piedra, su insistencia ha de corregir defectos, encauzar extravíos, dominar lo más altivo. Tan pronto ha de bullir con niños calmosos, como pararse con los inquietos. Siempre afable, no ha de olvidar que la dureza rompe ó exaspera, que el halago doma. Niño á veces, hombre en casos, recordará constantemente el fin que se propone y jamás apartará la vista del objetivo. Tolerante sin debilidad, ha de mantener ileso su prestigio. Ni será derrochador en la recompensa, ni avaro en los premios; ni pródigo de castigos, ni siempre blando. Verá en el niño un sér complejo y delicado: como complejo moverá todas las teclas; como delicado las golpeará con cautela; bien medidos los tonos con el diapasón de su inteligencia mantendrá la armonía; si olvida tocar alguna se enmohecerá y tras mal sonido, quedará sorda; si la empuja con fuerza romperá los muelles y no vibrará más.

No alargo más las condiciones del maestro. Como balanza de precisión debe medir cantidades para otros inapreciables; una vez medidas debe quedar en fiel.

A grandes rasgos y con mal pergeño, he indicado los puntos que llevan á la solución del tema. La *importancia de educar bien á los niños* se deduce: de que es el único medio de desarrollar todas las facultades, todas las aptitudes, de hacer hombres cual deben ser y no séres imperfectos; de la misma magnitud de la empresa, que exige fuerzas tan potentes como los gobernantes, los padres y los maestros. El resultado es altamente beneficioso, los elementos que á él contribuyen son de primer orden, el hecho final, la educación, es de gran importancia.

Hay otra consideración, que no quiero olvidar, y vaya en gracia de las muchas que consciente ó inconscientemente omito. Hé aquí su fórmula: un pueblo es tanto más superior y más culto cuanto más educado está. Verdad sencilla, pero que no tiene muchos partidarios. Ved el ejemplo.

Si oís hablar de un pueblo en que los que mandan y obedecen se preocupan sériamente de la educación de la infancia; en que se estudian las reformas y se realizan innovaciones; en que los edificios para los escolares

son lo mejor de la urbe, y más que casas parecen palacios; en que el material de enseñanza abunda; en que las plazas y paseos forman parte de la escuela, y á los niños y á sus acompañantes se les cede todo puesto para sus jiras y evoluciones; en que las autoridades se descubren ante el maestro en medio de la vía pública; ese pueblo, no lo dudeis, es un pueblo culto, un pueblo en que se concede importancia á la buena educación de los niños, un pueblo en que se entiende y practica la verdadera ilustración. Ese pueblo se llama Suiza, Bélgica, tal vez Inglaterra, tal vez Alemania.

Si oís hablar de otro en que gobernantes y gobernados cuidan poco de la enseñanza, viven en pleno desbarajuste de leyes, decretos y reglamentos y carecen de toda norma; en que nada se innova, tal vez se reforma solo lo bueno y si hacen algo útil es tomado de extrañas tierras y nunca bien; en que el edificio más ruinoso, más nocivo y más inconveniente es la escuela, pareciendo estas más bien sotabancos ó pocilgas, que lugares oportunos para bien llevar el plantel de los hombres de mañana; en que el material de enseñanza es mezquinísimo, carteles mugrientos, bancos sucios y desvencijados, alguna que otra tela de araña en los rincones y mucho polvo en el suelo y en la atmósfera; en que las plazas y paseos no se ceden á los maestros para ejercitar libremente á sus alumnos, mientras las ocupan los charlatanes, volatineros y timadores; en que ante el Profesor se descubren pocos ó ningún transeunte; ese pueblo, no lo dudeis tampoco, es un pueblo muy poco culto, un pueblo en que no se da importancia á la educación del niño de hoy, del hombre de mañana, un pueblo, que, si la entiende, y no da muchas pruebas de ello, no practica la ilustración. Ese pueblo se llama Rusia, Turquía y, por desgracia, también se llama España.

Medid ahora el estado de cultura de unos pueblos con otros y convendreis en la importancia de educar bien á los niños.

Fatigo en demasía vuestra atención y voy á terminar. No os extrañe mi insistencia. Se ofrecen tan pocas ocasiones de presenciar un espectáculo tan bello, como el que aquí se solemniza, que el que este sitio ocupa, sobre conceptuarse honradísimo, deja con pena una situación desde la que distingue tan hermoso cuadro. Hombres ilustres por sus virtudes; notables por sus conocimientos; valiosos por su representación social y su engrandecimiento político; padres que se interesan por el porvenir de sus hijos; cariñosas madres que no abandonan el fruto de sus entrañas, ni en las penas que les producen, ni en los placeres que les proporcionan; maestros solícitos que hoy ven premiados, tanto en cabeza ajena como en cabeza propia,

sus desvelos y atenciones; hijos y alumnos que hoy recompensan largamente los cuidados de sus padres y que honran á sus maestros. Y sobre estas hermosas figuras, el premio á la aplicación, lienzo en que se extienden los personajes y lazo que ata los aquí reunidos.

Desciendo de este sitial con tristeza, pero antes permitidme diga: ¡Bien hayan cuantos se interesan por la verdadera educación! ¡Bien hayan los que con su presencia dan realce á estas fiestas del saber, verdaderas batallas ganadas á la ignorancia! ¡Benditos los niños de estas madres! ¡Benditas las madres de estos niños! ¡Gloria á los maestros todos! ¡Mil enhorabuenas á los de esta casa y á su entusiasta Director!